

En la tercera etapa de crisis —donde convivían la necesidad de modernización y la decadencia de los ideales ilustrados—, la solución fue el paso al sistema positivista. Los modos de producción debían coincidir del todo con la hegemonía. La naturaleza, símbolo del espíritu romántico, se materializó; es la época de Hostos, González Prada y aun de Martí. Díaz refiere las consecuencias de la violencia e intransigencia justificadas por los órdenes nuevos, por la búsqueda de identidad e integración nacional de los países latinoamericanos.

La revisión materialista sirve al autor para mostrar eficazmente la problemática ceñida a estos discursos, a fin de cuentas literarios. Es inevitable preguntarse si el análisis de un aparato ideológico es válido desde una ideología que, por momentos, considera la hegemonía como una construcción perversa y no sólo producto de la imaginación práctica del ser hombre, con los alcances que ello pudiera tener. Más aún, partir de una ideología ya historizada condena un pasado a otro pasado, e incluso a sus errores. Los aparatos epistémicos del marxismo se mecen en *El ensayo hispanoamericano* entre la precisión y objetivación (de la literatura como hecho cultural), y la imprecisión de una ideología trasnochada, a veces ocupada más en justificarse que en comprender los objetos de su estudio.

La motivación de este libro es entender mejor la realidad; los anhelos y traspies de una invención constante que es la cultura. Así, *El ensayo hispanoamericano* se coloca en la misma tradición de los textos que analiza, y expresa, asimismo, la necesidad de replantear constantemente los órdenes soñados para que no paren en pesadilla.

GABRIEL RAMOS
El Colegio de México

PASCALÉ CASANOVA, *La república mundial de las letras*. Trad. de Jaime Zulaika. Anagrama, Barcelona 2001; 475 pp.

Originalmente publicada en francés por Le Seuil en 1999, la investigación de Pascale Casanova intitulada *La república mundial de las letras* constituye, a nuestro modo de ver, un valiosísimo aporte al estudio de la historicidad de la noción de literatura y al de la constitución de ésta como ámbito específico de la actividad creadora. Pero representa al mismo tiempo una contribución de primer orden a la comprensión del funcionamiento de esta “república autónoma” en el marco actual de la globalización, por cuanto, en este campo como en otros, la dinámica particular del ámbito global no puede entenderse a cabalidad sino a partir de los procesos que lo han ido conformando.

Desde el punto de vista histórico, la investigación reflexiona acerca de los procesos seculares que permitieron que Francia —y más concretamente París— se fuera constituyendo en capital cultural del mundo occidental, y asocia a estos procesos —que culminan en el siglo XIX y entran en una especie de declive alrededor de los años sesenta del siglo que acaba de terminar— la configuración de una particular noción de literatura, desprendida de las vicisitudes sociales y políticas en las que, con todo, tiene sus orígenes. Así, el “espacio” literario y su organización interna se muestran como el resultado —sin duda inestable— de una diversidad de procesos temporales que involucran una multiplicidad de factores externos e internos. Sin embargo, no se trata en este caso de responder al viejo reclamo de una historia social (y política) de la literatura —como llegó a sugerir en su momento Fernand Braudel—, sino de ir sentando la pertinencia y las condiciones de una “historia literaria de la literatura”. En otras palabras, lo decisivo de la andadura de Pascale Casanova radica en la indagación de la historicidad y la temporalidad propias de eso que llamamos “literatura”. Desde luego, esta historicidad y esta temporalidad propias no pueden desligarse de ciertos factores —entre otros, sociales y políticos—, puesto que es justamente respecto de ellos que la literatura va conquistando su autonomía. Si embargo, lejos de hacer del espacio y las prácticas literarias la caja de resonancia de éstos y otros factores externos, la autora se coloca en perspectiva de quienes bregan por deslindarse de los distintos poderes que buscan poner la literatura a su servicio, y subordina por ende la consideración de estos factores externos al análisis de las modalidades de constitución y las formas de organización del espacio literario, y al de las elaboraciones de la noción de literatura por parte de autores y críticos. Son por lo tanto las formulaciones de unos y otras las que apuntalan la investigación de Pascale Casanova, y no la proyección de un marco interpretativo, sociológico o filosófico, preestablecido. Con todo, este acudir a las reflexiones y formulaciones que quienes pelean por su autonomía respecto de los poderes públicos por la afirmación de su libertad creadora frente a los reclamos de éstos u otros poderes, no está desprovisto de sorpresas: en efecto buena parte del lenguaje al que acuden escritores y críticos para elaborar y legitimar su quehacer proviene de las mismas esferas de que buscan deslindarse. Así, por ejemplo, la noción de “capital (literario)” con la cual trabaja la autora, no proviene de la economía política —ni tampoco de la sociología de Pierre Bourdieu, aunque la autora cita con justa razón *Les règles de l'art*, acaso el mejor libro de este autor—: pertenece al poeta y ensayista Paul Valéry.

“Una civilización es un capital cuyo crecimiento puede proseguir durante siglos”, escribe Paul Valéry en *La libertad del espíritu*. Y añade: “Para que el material de la cultura sea un capital, exige también

existencia de hombres que lo necesiten y que puedan servirse de él... y que sepan, por otra parte, adquirir o ejercer las costumbres que hacen falta, la disciplina intelectual, las convenciones y las prácticas para utilizar el arsenal de documentos y de instrumentos que los siglos han acumulado". Como puntualiza a su vez la autora: "este capital se encarna también en todos los que lo transmiten, se apoderan de él, lo transforman y lo reactualizan. Existe en forma de instituciones literarias, académicas, jurados, revistas, críticas, escuelas literarias, cuya legitimidad se mide por su número, su antigüedad y la eficacia del reconocimiento que decretan. Los países de gran tradición literaria revivifican a cada instante su patrimonio literario a través de todos los que participan en él o se consideran sus responsables" (p. 29). La misma autora amplía luego estas definiciones primeras apoyándose en la investigación de Priscilla Parkhurst Clark (*Literary France. The making of a culture*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1987), quien incluye nuevos elementos para la evaluación del volumen de lo que Valéry había definido como "capital literario": el número de libros publicados cada año, las ventas de libros, el tiempo de lectura por habitante y las ayudas percibidas por los escritores, el número de editores y de librerías, el volumen de las traducciones, etc. A lo que convendría añadir, como puntualiza nuevamente Valéry, que "la concentración de la producción y de la publicación de las ideas" no es exclusivamente literaria; depende también de la conjunción de varios tipos de "capitales artísticos" (literarios, musicales, plásticos), que contribuyen a "enriquecerse" mutuamente (p. 30).

La enumeración de todos estos factores no es desde luego muy novedosa, aunque sin duda pertinente. Con todo, no está de más subrayar el peso específico que tanto Valéry como la autora atribuyen a la permanente recreación, por parte de sus "usuarios"—escritores, críticos y lectores—, de las tradiciones artísticas acumuladas, cualquiera que sea el espacio geográfico-político—regional, nacional o internacional— de que se trate, puesto que en sentido estricto no hay acumulación de capital—literario o no— sin valoración efectiva de éste. Ahora bien, con base en esta observación y de cara al actual proceso de globalización de la cultura, la investigación de Casanova introduce otra dimensión, menos acostumbrada en este tipo de reflexión acerca del "campo literario" (como la de Pierre Bourdieu y sus epígonos). Esta nueva dimensión atañe a la diversidad de espacios literarios, a la asincronía y la desigualdad de sus procesos de constitución histórica, y a las pugnas que estos diversos espacios han venido estableciendo entre sí, en sus intentos por atraer hacia ellos a los escritores y críticos pertenecientes a espacios lastrados por la estrechez de su propio capital cultural y la menor autonomía de sus prácticas literarias.

Con base en la revisión de los procesos seculares que, a partir del siglo XVI con la Pléiade y la *Défense et illustration de la langue française*,

permitieron a la capital gala convertirse en la —¿otrora?— metrópoli cultural y literaria del “mundo”, la autora elabora la noción de temporalidad diferencial, refiriéndola tanto a las condiciones particulares de la acumulación de capital literario en las diferentes naciones europeas —y no europeas— como a las de la conquista de la autonomía de las prácticas literarias respecto de las diversas instancias políticas y sociales y de las demandas que éstas ejercen sobre ellas. La autora señala: “La dependencia original de la literatura con respecto a la nación constituye la base de la desigualdad que estructura el universo literario. Puesto que las historias nacionales (políticas, económicas, militares, diplomáticas, geográficas) no son sólo diferentes, sino también desiguales (y, por ende, rivales), los recursos literarios, siempre marcados por el sello de la nación, son igualmente desiguales y se reparten desigualmente entre los universos nacionales. Los efectos de sus estructuras pesan sobre todas las literaturas nacionales y sobre todos los escritores: las prácticas y las tradiciones, las formas y las estéticas vigentes en una nación literaria determinada sólo pueden hallar su sentido genuino a la luz de la posición precisa que ocupa el espacio literario nacional en la estructura mundial. Es, pues, la jerarquía del universo literario la que da forma a la literatura misma” (p. 61).

Ahora bien, estas desigualdades, y la temporalidad diferencial entre espacios literarios distintos que éstas acarrearán no guarda estricta correspondencia con el mapa político mundial, puesto que, como recordaba a su vez Valéry Larbaud citado por la autora, “la historia (como la geografía) literaria no puede reducirse a la historia política”. Así, por ejemplo, y como señala la autora, “los escritores latinoamericanos han conquistado una existencia y una consagración internacionales que otorgan a sus espacios literarios nacionales (e incluso, más ampliamente, al espacio latinoamericano) un reconocimiento y un peso en el espacio literario que no se corresponden con los de los conjuntos políticos correlativos en el espacio político internacional” (p. 60). Sin embargo, y sin menosprecio de los factores intrínsecamente políticos que puedan intervenir en ello, lo relevante en esta concepción diferencial de las temporalidades literarias radica en el reconocimiento del hecho de que todo escritor, y con más razón aquellos que provienen de las naciones menos favorecidas en términos de acumulación de capital literario, “está situado dos veces en el espacio-tiempo literario: una vez según la posición del espacio literario nacional del que ha surgido, y otra según el lugar que ocupa dicho espacio nacional” (p. 451). Espacio nacional que se caracteriza a su vez por la complejidad de las tensiones entre, por un lado, afanes autonomistas de quienes suelen apoyarse y mirar hacia el horizonte de los espacios más autónomos; y por el otro, las resistencias de todo tipo con que se topan estos esfuerzos.

De cualquier forma, no son las estructuras de estos espacios, ni las temporalidades diferenciales que definen sus relaciones particulares, las que constituyen el objetivo central de la investigación que estamos reseñando. Antes que el establecimiento de un mapamundi de los espacios literarios actualmente identificados —gracias a la capacidad de algunos de sus miembros para vincularse con el o los espacios más cercanos al “meridiano de Greenwich literario”—, lo que interesa a la autora es ante todo el estudio de las tensiones que estas aproximaciones conceptuales ayudan a poner de relieve, y lo que a partir de ellas se pudiera vislumbrar y perfilar en la perspectiva de una eventual historia literaria de la literatura mundial. En la primera parte de la investigación, “El mundo literario”, la autora expone sus objetivos y formula sus principales categorías de análisis (cap. 1, “Principios de una historia mundial de la literatura”) y se aboca a la reconstitución de los procesos (europeos) que dieron lugar a la génesis de este “mundo literario” y dan razón del funcionamiento del mismo. “La invención de la literatura” (cap. 2), “El espacio literario mundial” (cap. 3) y “La fábrica de lo universal” (cap. 4) ilustran esta génesis y este funcionamiento con una gran variedad de ejemplos (no todos europeos), que ponen de relieve tanto las desigualdades y asincronías entre el espacio central y los espacios periféricos como los efectos de la doble temporalidad a la que tienen que responder los escritores de las áreas descentradas. Termina esta primera parte con una pregunta formulada con respecto a la actual desintegración —y reestructuración?— del “mundo literario” vigente hasta mediados del siglo xx: “¿Del internacionalismo literario a la mundialización comercial?” (cap. 5). El problema aquí no consiste tanto en tratar de dilucidar cuál es, o será el próximo “centro” —Nueva York, Londres, Barcelona o Frankfurt— destinado a suplantar el otrora papel de París en el espacio literario mundial, cuanto el de averiguar hasta dónde la reorganización trasnacional de la producción y distribución, y la supremacía sistemática de los criterios de rentabilidad inmediata —que favorecen la circulación trasnacional de productos editoriales concebidos para el mercado de masas— contribuyen al desmantelamiento de los capitales culturales y literarios hasta entonces acumulados en y recreados por los distintos espacios literarios.

La segunda parte del volumen retoma la problemática de conjunto a partir de las “Revueltas y revoluciones literarias”. En ella, las premisas histórico-conceptuales sentadas en la parte anterior alcanzan su pleno valor heurístico, en buena medida gracias a lo que podríamos llamar una inversión de la perspectiva de análisis. En efecto, después de colocarse en la óptica de quienes participaron de la constitución del polo hegemónico, la autora se sitúa ahora en la de quienes bregan, desde los espacios descentrados, con los efectos de la doble temporalidad que define las condiciones del ejercicio de su

quehacer literario. Seis calas distintas ahondan en esta problemática. La primera (“Las pequeñas literaturas”) ahonda en la asincronía de los procesos de autonomización del espacio literario nacional respecto del espacio “mundial”, y en las pugnas internas que estos mismos procesos generan. En términos generales, la autora considera que las estrategias a las que recurren los autores de estos espacios “pequeños” son “por un lado, la *asimilación*, o sea, la integración, mediante una disolución o eliminación de toda diferencia original, en el espacio dominante; y, por otro, la *disimilación* o *diferenciación*, o sea la afirmación de una diferencia a partir, sobre todo, de una reivindicación nacional” (p. 235). Sin embargo, no se trata aquí de clasificar a los autores de las periferias europeas o neocoloniales según sus estrategias de sobrevivencia o consagración, sino de mostrar —con los testimonios, las reflexiones, las (muchas veces dolorosas) trayectorias vitales y las búsquedas formales de los propios autores— no sólo la “miseria literaria” con la que éstos tienen que vérselas, sino también “la grandeza y la invención de la libertad de los espacios literarios” (p. 238). En estos aspectos, la riqueza de las fuentes, los ejemplos y los análisis que presenta la autora es tan sorprendente, por su variedad y erudición, como estremecedora y apasionante por la perspicacia de los análisis y la claridad de la exposición. Al tratar “las pequeñas literaturas” europeas, Joyce y Kafka son los dos ejemplos más trabajados, aunque no los únicos aducidos en este primer capítulo. En el segundo, “Los asimilados”, Naipaul, Michaux, Cioran y Ramuz (ejemplo, este último, de la “asimilación imposible”) completan y amplían esta primera cala.

El tercer capítulo lleva por título “Los rebeldes” y aborda más específicamente las estrategias de “diferenciación” o “desasimilación” que parecieran corresponder a aquellos espacios literarios propios de naciones que emergen de una antigua situación colonial. A este respecto, la autora señala —no sin asombro— que, pese a la distancia y las variaciones históricas obvias, se pueden observar que las estrategias a las que recurren los autores, y las distintas etapas por las que transitan estas literaturas nacionales en sus esfuerzos por “fabricar la diferencia”, reproducen todas aquellas por las que pasaron los “fundadores de la autonomía literaria”, desde las primeras manifestaciones de la competencia instaurada por la Pléiade francesa para rivalizar con el empleo obligado del latín y con la poesía italiana que bien entrado el siglo XIX. Esta compacta reiteración de estrategias y etapas se sitúa desde luego en un marco histórico mundial distorsionado que impide ver en ella una simple reproducción tardía, desde las periferias, de procesos “superados” que hace tiempo en otros espacios “adelantados”. Sin embargo, hasta donde sea válida, la analogía es sin duda para comprender las contradicciones y orientaciones diversas de los procesos de fundación, constitución y emancipación de

espacios literarios excéntricos. En este apartado, los lectores latinoamericanos se sorprenderán al reencontrar, colocados en una nueva perspectiva y asociados con otros espacios acaso inesperados, muchos de los debates que han animado y animan los procesos literarios de la región desde la Independencia (entre otros, el problema de la elaboración de una lengua literaria a partir de los usos propios de la lengua metropolitana o a partir del bilingüismo inherente a muchas de estas naciones emergentes; el del “realismo social”; el de los “usos del pueblo” con sus mitos, sus leyendas y sus diversas tradiciones orales; el de la importación, traducción y apropiación de “modelos” provenientes de otras áreas, metropolitanas o no; el del “nacionalismo *vs.* cosmopolitismo”, etc.). A partir de estas analogías, este lector acaso podrá también imaginar modos de renovar una historiografía literaria estancada desde hace tiempo. Mucho hay, a nuestro juicio, para explorar y reconsiderar a partir de las propuestas de Pascale Casanova, no tanto para corroborarlas sino para ampliarlas, matizarlas o incluso reformularlas si fuera el caso. De cualquier forma, estas propuestas sirven de apertura para reubicar muchos debates y muchos procesos, no tan inéditos como se suele pensar, y para empezar a imaginar el lugar y papel del espacio literario latinoamericano en la literatura mundial y frente al proceso de globalización.

Los tres capítulos restantes —“La tragedia de los hombres traducidos”, “El paradigma irlandés” y “Los revolucionarios”— constituyen otras tantas formas de “cortar” en el espesor del capital literario tan diversamente acumulado y repartido, y de sugerir vías posibles de reapropiación y recreación de este capital mundial. La relectura de Kafka a la luz de la relación problemática de éste con el yiddish y la cultura judía, el estudio pormenorizado del “caso irlandés”, y la exploración de “la familia joyciana” o “la revolución faulkneriana” ofrecen ejemplos sumamente esclarecedores de las diferentes posibilidades de un ejercicio crítico e historiográfico informado por las propuestas conceptuales de Pascale Casanova. Muchas son en efecto las vías para recrear, transformar y transmitir las tradiciones literarias heredadas.

En estos tiempos de crisis de las disciplinas humanas y sociales frente a una globalización que se nos vino encima y pareciera poner todos nuestros saberes en duda, son muchos los discursos apocalípticos, y pocos los trabajos de investigación serios y documentados que, en los ámbitos que sean, ofrezcan una comprensión convincente de nuestro presente histórico y perfilen nuevas vías de reflexión e investigación. Por lo mismo, queremos subrayar la importancia de un trabajo como el de Pascale Casanova, cuyo vigor —y ponderación en su examen de la situación actual— recuerdan que no todo está perdido y que bien vale la pena poner manos a la obra. ¿Quién hubiera dicho que una obra de esta naturaleza fuera a surgir del ámbito de

las letras —convertidas arbitrariamente por la “filosofía” al uso en fuente y modelo de todos los nihilismos—, y desde el otrora polo hegemónico de la “literatura mundial”?

FRANÇOISE PERUS

Universidad Nacional Autónoma de México

Revista Libra [1929]. Ed. facs. preparada por Rose Corral. El Colegio de México, México, 2003.

Libra fue una revista literaria argentina cuyo primer y único número salió publicado en Buenos Aires, en el mes de agosto de 1929, bajo la dirección de los poetas Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal. Tomando en cuenta la importancia que Bernárdez y Marechal tienen en la historia de la literatura argentina moderna, por no decir nada de la importante proyección que ha gozado la obra de otros escritores que colaboraron en el proyecto (y que incluyen a los argentinos Macedonio Fernández y Ricardo Molinari, y al mexicano Alfonso Reyes), resulta sorprendente descubrir que esta revista ha descansado en un olvido casi completo durante los 74 años que han pasado desde su aparición. De modo que lo primero que hay que celebrar es la determinación misma por parte de Rose Corral de rescatar la revista mediante esta reedición facsimilar. Si muy poco después de su publicación en 1929 *Libra* se convirtió en una verdadera rareza bibliográfica, tal como señala Corral en su minucioso estudio introductorio; si todavía hoy en día *Libra* no suele figurar en los manuales de historia literaria, ni de Argentina ni mucho menos de América Latina, ahora, gracias a la presente iniciativa, los investigadores pueden consultar la revista en una edición pulcra y bien cuidada, que la dará a incorporarse en el lugar que le corresponde en el agitado panorama de las letras argentinas y latinoamericanas de los años veinte.

Pero ¿en qué consistiría, de manera precisa, ese lugar que *Libra* ocupa, o que debería ocupar, en la historia literaria? Intentar definirlo me parece una tarea especialmente difícil, en primer lugar, porque la corta duración de la publicación no permite percibir con entera claridad cuáles pudieron haber sido los propósitos que llevaron a los directores a fundar su revista; y, en segundo lugar, por lo que resulta evidente que en el lanzamiento de *Libra* Bernárdez y Marechal no actuaron solos, sino en estrecha colaboración con el poeta diplomático mexicano Alfonso Reyes, que se encontraba entonces en la capital argentina donde fungía como embajador de su país d